

bandera tradicional, les habria llevado á la victoria; ostentando la constitucion que presentó á don Carlos el señor Villarsau, le habrian seguido algunos jefes, pero no habria formado dos batallones. Y sin embargo, Cabrera queria lo que consideraba una necesidad para que el partido carlista pudiera ser poder, lo cual juzgaba enteramente imposible continuando esclavo de sus antiguas tradiciones. No supo aprovechar don Carlos la actitud de Cabrera, ni este para sus fines las condescendencias de aquel. Ambos se colocaron en un terreno poco favorable á su partido.

Apurado don Carlos y conociendo su posicion convocó la célebre junta de Vevey, que se celebró el 18 de abril de 1870 en la Tour de Peitz, canton de Vaud en Suiza, á la que acudieron sobre cien personas entre grandes de España, títulos de Castilla, oficiales generales y jefes, diputados, representantes de las juntas y de la prensa carlista, cuyos nombres constan en el acta (1). Saludado don Carlos al grito de ¡viva el rey! manifestó desde la presidencia que no pudiendo menos de admitir la no motivada dimision de Cabrera, él se encargaba personalmente de la direccion del partido; y porque la convocacion de aquella junta fuera un testimonio de que el rey cuando se trataba de asuntos graves, oia antes, para resolver acertadamente, el dictámen de personas ilustradas, consultaria la marcha que debian seguir para continuar con fe y entusiasmo la obra emprendida y con la ayuda de Dios llevarla á pronto y feliz término. Leyéronse las cartas de Cabrera, y despues de mostrar Elío su adhesion á don Carlos como rey y vitorearle, repitiendo todos el mismo viva, se levantó la sesion sin discutirse ningun punto.

Esto lo ostensible. Lo que no se veia era la division de los reunidos, pues á la vez que los representantes de las provincias eran partidarios de Cabrera, los calificados como neos seguian á Aparisi y Guizarro. La sesion habida evidenció las disidencias, porque se evitó toda discusion, que habria sido tormentosa, pues muchos llevaban datos de cuestiones graves. Hubo sin embargo discusiones acaloradas en las reuniones parciales que se efectuaron despues, se evidenció mas y mas el antagonismo de unos y otros carlistas, las rivalidades que les separaban y el odio que muchos se tenian, aunque protestando todos de su leal adhesion á don Carlos.

La mayor ventaja que se sacó de aquella junta, fué una cuestacion en la que cuatro títulos del reino aprontaron cerca de dos millones de reales, y uno de aquellos además de los veinticinco mil duros que dió entonces, contribuyó despues con otra igual suma.

A consecuencia de la junta de Vevey, nombró don Carlos un consejo que se dividió en tres secciones, de política, de guerra, y de hacienda. Este consejo encomendó á Elío las fuerzas que se reunieran en Navarra y en las provincias vascongadas y á Cevallos se le encargó de Cataluña, donde habia muchas juntas y pocas armas (2).

Mal aconsejado don Carlos, nombró poco despues un ministerio compuesto de Elío, Aparisi, Labandero, la Hoz (don Vicente) y Samitier, y prevaliéndose de la gran tirantez de las relaciones de Napoleon con Prim, se procuraron los carlistas cartas de eficaz recomendacion de Lady Hamilton para el ministerio francés, que estaba resuelto á molestar al español, por lo que llegó á permitir la entrada en España de las armas que aquellos tenian en la frontera; pero como los encargados subalternos de introducir las no estuvieron muy activos, apercibiéndose de ello Olózaga, y ayudado por la emperatriz, no muy amiga de Lady Hamilton, desbarató los planes de los carlistas y tranquilizó al gobierno francés respecto á la actitud de España en la guerra franco-alemana. El aprovisionamiento de armas sufrió grandes vicisitudes: hubo buque, que despues de bordear las costas de Cataluña y Valencia, tuvo que ir á Oran donde fué decomisado por los franceses.

La guerra entre Francia y Prusia se consideró aprovechable

(1) Publicada en la citada HISTORIA CONTEMPORÁNEA.

(2) Segun el estado que tenemos á la vista firmado por José Abril que era el nombre de guerra del presidente de la junta de Barcelona don Francisco de Segarra, habia solo 1,580 armas, para 8,324 hombres que consideraba seguros.

ocasion para lanzarse al campo, á lo cual impulsaba la impaciencia de todos. Don Carlos negó el permiso que le pidieron para empezar el movimiento en Navarra y las provincias vascongadas, fundando su negativa en que Cataluña ni las demás provincias estaban en situacion de secundarlo. Para ponerlas en tal estado se trabajaba en todas, se reunian grandes elementos, se contaba con fuerzas del ejército, habia provincia en Castilla en que estaba comprometida hasta la guardia civil; pero la mayor parte de los que dirigian estos trabajos, no sabian aprovechar estos mismos elementos, hacian estériles los esfuerzos de otros, no apreciaban valiosas adhesiones, y á la vez que su pobre inteligencia evidenciaban tales agentes lo poco acertada que su eleccion habia sido.

No ignoraban las autoridades liberales muchos de los trabajos de los carlistas: el destruirlos era un deber. El coronel de carabineros don Antonio Escoda, que se hallaba en la frontera de Navarra, consideró como un acto estratégico preparar una celada á sus enemigos, y sin reparar en los medios concertó su plan; contó con auxiliares, que se presentaron á Rada de parte del coronel ofreciéndole su adhesion á don Carlos, y despues de no pocas peripecias en una reunion verificada en Saré á la que asistieron diputados carlistas navarros, firmó Escoda el acta en la que consignaba su compromiso. Era el proyecto de Escoda apoderarse de Rada y de cuantos le acompañaran, y aunque el jefe carlista sospechó fundadamente de Escoda, se presentó en el lugar convenido por que no se atribuyera á temor su falta, adoptando sin embargo las debidas precauciones, merced á las cuales se salvó de la celada que se le tenia dispuesta regresando á Francia desengañado.

La adhesion de Escoda con su gente era la base del levantamiento en Navarra y provincias vascongadas. Aun frustrada aquella, insistieron algunos en llevar adelante el movimiento, efectuándole pequeñas partidas que obedecian mas á su impaciencia que al plan trazado, ni á órdenes que recibieran, pues aun no se habian dado; así que las partidas levantadas en Vizcaya, Guipúzcoa, Alava, Rioja y Burgos, evidenciaban el poco orden que reinaba en asunto de tan grave trascendencia.

Don Carlos habia ido en tanto á Alemania, Austria y Rusia á interesar á los soberanos de estas naciones por su causa, sorprendiéndole lo sucedido con Escoda, cuando lo supo. Al regresar, estuvo perplejo sin decidirse á que secundaran ó no las demás provincias, á pesar de lo que apremiaban las circunstancias, porque interesaba sobre todo tomar una decision respecto á Cataluña. Para saber si estaba dispuesta á secundar con sus propias fuerzas el alzamiento iniciado en las provincias del Norte, reunió Cevallos una junta en Perpiñan que acordó suspender todo movimiento en Cataluña, sin cejar en los trabajos de conspiracion y compra de armas. Era indudablemente una temeridad cualquiera otra decision, porque en las provincias de Lérida y Gerona solo se podia disponer de unos 600 fusiles con su correspondiente dotacion de municiones y 3,000 duros en metálico; la junta de Barcelona no habia podido comprar y distribuir en su provincia mas que 2, 200 fusiles y tenia muy pocos recursos, quedando apenas en su poder unos 2,000 duros; en la provincia de Tarragona, segun su representante don Cosme Puig, solo habia disponibles sobre 1,500 fusiles; y todos cuantos asistieron á la reunion estuvieron unánimes en que vista la carencia de los elementos reunidos, si el ejército no tomaba la iniciativa, que seria secundado inmediatamente, era una locura el levantamiento de partidas.

Las que se levantaron en las provincias vascongadas obedecieron á mayores elementos, aun cuando la falta de armas impidió que el levantamiento fuera mas general. Acudió activo el general Allende Salazar á conjurar los desastres que anunció sobrevendrian con la pérdida de los fueros, que le interesaban á él tanto como á todos los demás, porque era vizcaino, publicó energicos bandos, y aunque desvirtuados por los mismos liberales, dieron por el pronto el apetecido resultado.

Aquella insurreccion murió al nacer, así nos será permitido prescindir de la historia de aquellas partidas que en varios puntos se levantaron y en breve desaparecieron. Hubiera sido el principal núcleo la fuerza de migueletes que se sublevó con

los diputados vizcainos, á no ser en breve derrotados, como lo fueron tambien los paisanos que se les unieron, por las fuerzas que súbitamente envió en su contra el gobernador militar de Vizcaya.

Los carlistas perdieron bastantes armas, 1,400, no tantas como se supuso, cinco individuos y dos oficiales prisioneros. En cuanto á los voluntarios, á los que se trató con marcada consideracion, todos se retiraron á sus casas.

La generosidad con que obró el gobierno amnistiando pasados sucesos, fué bien explotada por varios jefes y oficiales que se hallaban en el extranjero al lado de don Carlos revalidando los títulos que de este obtenian (1); y fueron tantos y produjo tal escándalo, que el mismo don Carlos suspendió el reconocimiento de cuantas gracias se habian concedido, exceptuando las del 4 de noviembre de 1868 hasta la clase de coroneles. Ocasionó aquella suspension gran descontento entre los agraciados; sostuvo sin embargo don Carlos la suspension de aquellas gracias que llamó enriqueñas, considerando «honrado que el rey corrigiese al rey, si comprende que se equivocó, puesto que no lo puede todo.»

Gran triunfo hubiera sido para don Carlos poder siquiera dominar la desunion de su gente, con especialidad de los que constituian las juntas y de cuantos pululaban en la frontera, precisándole á dirigirles energicas palabras, amenazando al que no respetase á las personas depositarias de su confianza, con borrarle del número de los leales. Enérgico unas veces, débil ó sobrado condescendiente otras, y con frecuencia mal aconsejado, no sacaba todo el partido que podria haber sacado de las circunstancias políticas por que España atravesaba. Es verdad que luchaba con la mas grande de las dificultades para tales empresas, la carencia de dinero. A falta de este necesario elemento procuraron los carlistas utilizar el ardimiento de los republicanos, especialmente despues de la presentacion de la candidatura del duque de Aosta, y en la conferencia celebrada en Toulouse con el marqués de Albaida, manifestó este buenos deseos para ayudarles, pero pedia armas y dinero. Elío aconsejaba que se esperase á que el gobierno estuviera enredado con los republicanos, puesto que de todas partes ofrecian lanzarse á la pelea en cuanto las Cortes eligieran rey: en Valencia los republicanos y carlistas, sin formar coalicion, estaban de acuerdo; en Madrid se trabajaba en el mismo sentido, se contaba con una elevada autoridad militar, el general P. . . . que exigió el depósito de 20,000 duros en el Banco de España, que se depositaron; se tenian inteligencias con otras, y aunque con no pocas se hacian muchas ilusiones, tenian algun fundamento, porque hubo jefes militares que sostenian esperanzas y relaciones con los carlistas, sin adquirir serios compromisos, en expectativa de futuros aconteci-

(1) «La facilidad de las revalidaciones y concesiones de grados y empleos por don Carlos, llegó á adquirir proporciones alarmantes, y su adquisicion á constituir un verdadero negocio. Muchos de los oficiales del ejército liberal acudian á Francia haciendo protestas de carlismo, obtenian grados y empleos, volvian al ejército de que procedian como arrepentidos, presentaban su credencial y obtenian tan injusta revalidacion.» H. C.

mientos; política acomodaticia de buenos resultados materiales generalmente.

Por el buen estado de algunos trabajos, creyó don Carlos oportuno el momento de obrar, por lo cual corrió á la frontera; Cevallos reunió en Perpiñan á los jefes que debian secundarle en Cataluña; el coronel don Angel Romero regresó de Barcelona diciendo que todo estaba listo y dispuestos los republicanos; le mandó á ponerlo en conocimiento del centro, y este le dirigió á Aragon, donde debian secundar á Cevallos, estando dadas las órdenes para responder al pronunciamiento que debian iniciar los republicanos; mas contestó la junta carlista de Zaragoza que no tenia bastantes armas ni recursos. Hubo otro suceso que contuvo á los republicanos; el asesinato de Prim. Al ver el centro gubernativo que no tenia auxiliares ni dinero, se aplazó el movimiento hasta nuevo aviso, y se retiraron de la frontera los que residian en Francia. Todo lo esperaban de los futuros acontecimientos.

El centro carlista de Madrid, en tanto, trabajaba, pero con poco provecho por falta de acierto. Forma legajos su correspondencia, llena toda de puerilidades, alimentando todos los señores que le componian cándidas ilusiones, haciendo juicios políticos absurdos, que no informaban gran perspicacia en sus autores, pues en mas de una ocasion no veian lo que tenian delante de sus ojos: contaban con un militar de elevada jerarquía, cuando ni este contaba con sí mismo, pretendiendo inspirar confianza á todos: esto es, se ofrecia á los conspiradores y estaba bien con el gobierno. Así escribia Elío á don Carlos (2): «Van adjuntas ó en la otra carta, tres copias de comunicaciones de Madrid, la última para Labandero llegada hoy: V. M. verá en ellas generalidades que nada dicen, pues no puedo conseguir de Alejandro (3) que precise algo. Creemos que esto consiste en que no tenia mas que su confianza en el sujeto, y me ratifico en que de allí nada sacaremos, á no ser que haya lo que el señor Aparisi llama el galop infernal; pero entre tanto piden siempre dinero, siendo de extrañar que no hayan podido jamás reunir un real.» Si no producian beneficiosos resultados para la causa carlista, daban en cambio bastante que hacer á la central de Bayona y al mismo don Carlos, aunque los principales sinsabores empezaron despues, por antagonismos que hasta el presente duran, y mas violentos, y de los cuales nos iremos ocupando, porque enseñanza ofrecen.

No reinaba tampoco el mayor orden en otras juntas, dando algunas bien tristes espectáculos, y exponiendo las de Galicia, que en vez de formarse en Santiago una central, se confiriesen todos los poderes á la autoridad militar. No hallaban modo de entenderse. Así esterilizaron muchos y muy valiosos elementos. A haber habido una direccion acertada, pudieron haber aprovechado los que tenian y comenzado la guerra civil, de bien funesta manera para los liberales, que atravesaban circunstancias en extremo críticas.

(2) En 3 de diciembre de 1870, cuya carta original tenemos á la vista.

(3) El Conde de B.